

Un anhelo

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 129 – 7 de febrero 2019



En los dos *INFO* anteriores (Nº127, 6 diciembre 2018, "Ecos de Asís" y Nº 128, 7 de enero 2019, "La misericordia pastoral") hemos expresado los hitos que señalan el camino que, creemos como Gobierno General, nos traza el 39º Capítulo General. Percibimos **un único anhelo de conversión del corazón** que pasa por la renovación de nuestro hombre interior y por buscar nuevas formas de ser y de servir en la Iglesia. El anhelo de conversión del corazón describe entonces una disponibilidad y apertura a un trabajo que es, a la vez, de Dios y de cada uno de nosotros.

Se trata de una disponibilidad y apertura al trabajo de Dios, pues bien sabemos por experiencia que solo Él conoce a fondo y escruta nuestro corazón, es capaz de cambiar nuestro corazón endurecido de piedra por un corazón de carne, compasivo y paciente como el suyo. Incluso en el ministerio pastoral es el Señor quien nos precede con su acción discreta y eficaz en las personas y en las situaciones en que nos encontramos. Es también Él quien pone muchas veces las palabras y los gestos oportunos ante personas en dificultad o en situaciones que nos parecen sin salida. Esta es la convicción que asiste a san Pablo cuando se encuentra en prisión y, con mayor razón, en su ausencia, anima a los miembros de la comunidad de Filipos, a trabajar por su salvación, con la certeza creyente de saber que "Dios es el que obra en ustedes el querer y el obrar, como bien le parece" (Flp 2,13).

Y una disponibilidad y apertura a un trabajo personal. Para Pablo ese "trabajo por la salvación" es ciertamente obra de Dios y también un trabajo de cada uno y de todos los

miembros de la comunidad. Ese trabajo consiste primero en traducir la convicción creyente descrita anteriormente en una real disponibilidad, a dejarnos convertir el corazón, a pertenecer cada vez más al Señor para que sea Él quien ame y actúe a través de nosotros. Luego consiste en reconocer humildemente nuestros límites, los que llevamos con nosotros como una sombra o los que van apareciendo con el pasar del tiempo; nuestros errores, los involuntarios y los tenaces en los que tropezamos una y otra vez; y también nuestros pecados, los personales y los institucionales. En este último punto -los pecados institucionales- pienso en el clericalismo que nos ha mantenido a distancia de la gente y de sus combates y nos ha dispensado de los legítimos controles en el ejercicio del ministerio, dando pie a toda clase de abuso. Y pienso también en la situación de algunos hermanos que se encuentran en crisis o conflicto con la comunidad o con sus superiores. En muchos casos, esta situación es el resultado de la dejación, de "laissez faire", de no haber acompañado e incluso confrontado a tiempo al hermano por parte de los miembros de la comunidad religiosa o pastoral o por parte de sus superiores. Y también, en parte, es el resultado de hermanos que no aceptan simplemente la interpelación, la corrección. ¡Cuánta herida causada entre nosotros y a las personas que servimos se habrían evitado con una intervención oportuna, fraterna y clara de la comunidad local o de un superior y por la simplicidad de corazón para aceptar la corrección! No tengamos miedo a hacer esta interpelación o corrección. Está en juego el bien del hermano que queremos y el buen servicio que el pueblo de Dios tiene derecho a esperar de nosotros.

En el fondo, la disponibilidad y apertura al trabajo de Dios es y exige un trabajo nuestro. Es el fruto de la Alianza y de la amistad que Jesús establece con nosotros al poner su tienda entre nosotros y hacer brillar su Evangelio en el corazón de nuestros límites, a pesar de nuestros errores y teniendo en cuenta nuestro pecado.

El evangelio de la fragilidad

Para entrar en este proceso de conversión personal, pastoral y eclesial una puerta de entrada es la de atreverse a reconocer nuestras fragilidades. Es cierto que ello no viene espontáneamente, pues para hacernos valer y apreciar por los otros, anteponeamos nuestras fortalezas y nuestros logros, y tratamos de ocultar nuestras fragilidades.

Jesús, en los Evangelios, en cambio, aparece con una fina sensibilidad para abrazar y acoger la fragilidad de las personas que encontraba o salían a su camino: la fragilidad de los enfermos, de los desprotegidos -como los niños, las viudas y los extranjeros-, la fragilidad de los pecadores que piden perdón y la de los arrogantes que se escudan en sus seguridades de cartón. La fuerza del Evangelio no es para los débiles y los frágiles. Si fuera así Nietzsche habría tenido razón. La fuerza del Evangelio es para los que tienen el coraje de abrazar su fragilidad, la llaman por su nombre y la presentan a Jesús para que Él la transforme y la sane con su palabra, con sus gestos, con su confianza. ¡Qué bien nos vendría el poder presentarnos al Señor con las palabras de los que osaron confesar sus debilidades ante Él: "Señor, apártate de mí que soy un pecador", "Señor aumenta mi fe", "Señor, si quieres, puedes limpiarme", "Señor, sálvanos que perecemos", "Señor ten compasión de nosotros, hijo de David"! O incluso acercarnos a Él con gestos que hablan más que mis palabras, de rodillas, o llorando, pues Él ya sabe lo que hay en nuestro corazón.

El que tiene el coraje de reconocer su debilidad ante el Señor y presentársela, entonces puede abrirse a la gracia, a la fuerza que viene de Jesús, de su palabra, de su acogida, de su empatía. Y entonces Él hace que la debilidad e incluso la muerte, se conviertan en un espacio para que se manifieste la Sabiduría de Dios en sus obras; hace que nuestros miedos se conviertan en un espacio desde donde uno puede, sin máscaras ni pretensiones, decirle la verdad de nuestras vidas; hace que nuestros límites, incluso nuestros pecados se conviertan en un lugar donde se manifiesta la gracia

sobreabundante de su amor; hace que nuestros fracasos y planes fallidos, una ocasión para abrirnos a la acción incansable de Dios, a sus tiempos y criterios.

Nuestros fundadores fueron espiritualmente fecundos y apostólicamente creativos porque supieron abrazar sus debilidades, las propias y las institucionales de su familia religiosa, y maduraron allí la buena noticia de la acción providente de Dios, a través de ellos y de la Congregación. Confiados en esta acción supieron discernir y responder a las necesidades pastorales y espirituales de su tiempo, y se arriesgaron en frentes pastorales, que superaban sus precarios recursos humanos, profesionales e institucionales. En una carta llena de sobrio afecto y sentido de corresponsabilidad en la misión que les incumbía a los dos, el Buen Padre escribe a la Buena Madre: "Trate pues de estar mejor, de sostener siempre la pobre barca que Dios ha construido a través de dos bien pobres mortales y con tablas tan desgastadas y mal pulidas" (6 agosto de 1822, LEBP 770).

Una visión

Como Gobierno General hemos querido plasmar esta reflexión en un poster (y marca-páginas) en donde expresamos los acentos que queremos poner en nuestro servicio de animación espiritual y misionera de la congregación en los próximos 6 años.

Este poster describe un único movimiento en espiral de "conversión" que vincula la renovación del hombre interior (La Motte d'Usseau y la adoración eucarística reparadora) y de nuestros modos de estar y servir la Iglesia en misión, un ejemplo entre otros, Mentawai (Indonesia), Instituto de Deficientes Visuales en Beira (Mozambique). En efecto, allí en el granero de la Motte, el Buen Padre relea la situación de persecución que vivía la Iglesia de su tiempo, a la luz de la historia de la acción de Dios en su Iglesia, en especial a través de sus santos y mártires. Allí comprende con un ardor renovado lo que ya había expresado en el día de su ordenación sacerdotal, su disponibilidad a entregarse totalmente al servicio de Jesús hasta la muerte.

El encuentro con los pobres concretos nos evangeliza y nos hace saborear de otro modo las promesas del Evangelio: "He aquí que yo estoy en medio de ustedes todos los días hasta la consumación del tiempo" (Mt 28,20) y nos conecta con el hombre interior que es Jesús con su espíritu actuando, amando, arriesgando a través nuestro.

Descubriremos la fuerza renovadora y la alegría de esta llamada a la renovación del hombre interior y de nuestros modos de ser y de servir en la Iglesia si lo hacemos "día tras día hasta el final de nuestros días". Entonces desde el nacimiento hasta la muerte estamos llamados a renovar el "sí", el "amén" que el Señor nos ofrece **en cada momento de nuestra vida** cuando nos dice: "Yo cuento contigo, quiero poder amar a través tuyo". De nuestro existir, de nuestros logros y de nuestros fracasos, de nuestro vivir juntos como hermanos y hermanas en Jesús, de los pequeños servicios que podemos hacer e incluso de nuestra muerte, el Señor puede servirse para manifestar su amor a través de nosotros. Lo único que nos pide es que nos dejemos moldear por él, para que Él lleve a plenitud la obra que Él ha comenzado en cada uno de nosotros.

Y también estamos llamados a renovar el sí y el amén que el Señor nos ofrece, **juntos**, hermanas, hermanos y laicos, como miembros de un cuerpo y peregrinos de un pueblo, su Pueblo, sinodalmente. Es lo que intuye el Buen Padre en su visión de La Motte y que lo acompañaría toda su vida: un cuerpo único de hombres y mujeres, con diversos ministerios para llevar el Evangelio a todas partes, en un estilo de vida pobre, para que seamos testigos, en primera persona, de la fuerza del Evangelio que anunciamos.

Este poster y también un marca-páginas nos ayudarán a recordar esta visión y la invitación a entrar en este proceso de conversión. Un primer paso para disponernos a ello es que pidamos incesantemente al Señor por cada uno de nosotros, por nuestros

hermanos de comunidad, por las hermanas, hermanos y laicos, la gracia de la conversión del corazón y de nuestros modos de ser y de servir en la Iglesia. Podemos hacer nuestras las palabras con las que Esteban Gumucio ssc (1914-2001) pedía a Jesús la gracia de la disponibilidad a su obra: "Haz de mí una parábola al alcance de los sencillos. Vivir de tal manera, que me pregunten por Ti, mi amigo Jesús. Vivir de tal manera que cada noche pueda decirte: 'mañana trataré de estar más atento a mis hermanos'".

Fraternalmente en los Sagrados Corazones,

Alberto Toutin ssc
Superior General